

aúna rigor con humildad de una forma que permite ser extremadamente perceptivo sin mostrar ningún rasgo de evangelismo o de proselitismo ni ningún desprecio elitista o racista. Este es un logro extraordinario. Entender por qué básicamente es un logro retórico, y por qué esto es históricamente significativo –y, en opinión de este reseñista, políticamente redentor–, requiere una mirada más detallada a las guerras que el libro enfoca con esa precisión mágica que enriquece en lugar de viciar.

La primera de esas guerras constituye la trama principal de la narrativa israelí: Hitler, el Holocausto y la institución política central del régimen nazi: el campo de concentración. ¿Cómo reaccionó el mundo árabe ante el nazismo y el antisemitismo instigado por Hitler? Achcar responde a esta cuestión tomando como axioma que en la tradición árabe existen vertientes ideológicas, preceptos éticos, normas jurídicas y prácticas religiosas sumamente variados.

La narrativa árabe empieza a perfilarse con mayor fuerza después de la Segunda Guerra Mundial, y es el tema de la segunda parte del libro. En el reparto del mundo que siguió a la derrota nazi, los judíos recibieron no un pedazo de Alemania, como probablemente habría sido lo justo, sino de Palestina. Esta injusticia (impuesta por las armas de las grandes potencias) fue resistida ferozmente por las víctimas, sin éxito.

¿Cómo explicar las guerras interminables? Quizás, ante todo, como una falta de realismo. Es absurdo provocar un conflicto sin salida, proponerse victorias que no se pueden alcanzar o que, de alcanzarse, no sirven para nada o empeoran el conflicto. Las guerras interminables no le convienen a nadie. Se prolongan porque ya empezaron, porque los contendientes

no saben lo que quieren, o porque tercamente quieren un imposible.

No hay esperanzas a corto plazo. Los duros de ambas partes seguirán imponiéndose, el sufrimiento y la muerte se prolongarán y los cascos azules se limitarán a observar. Salvo que, claro, se reproduzcan, entre árabes y judíos esfuerzos similares a los de Achcar. En el fondo, todas estas contrariedades son políticas y sólo se puede tratar con ellas con espíritu democrático, es decir, con un espíritu que combine rigor con humildad, convicción apasionada con un respeto diligente por las convicciones ajenas. Como cualquier ciudadano de alguna de nuestras democracias sabe, resulta arduo cultivar y mantener un espíritu como éste, sobre todo cuando se tratan cuestiones que a uno le despiertan sentimientos fuertes. Igualmente duro de conseguir es el criterio del cien por ciento de integridad intelectual de los espíritus democráticos: hay que estar dispuesto a mirarse con honestidad uno mismo y a examinar los motivos que lo llevan a pensar en las cosas que piensa, y a hacerlo más o menos de forma continua.

Un rasgo distintivo de *Los árabes y el Holocausto* es que su autor está dispuesto a “promover la comprensión cultural entre judíos y árabes”, y al final a reconocer que la historia no es ni una Biblia ni un Corán, sino el registro y el análisis de los intentos que ha hecho una persona inteligente por resolver las respuestas a una serie de preguntas muy difíciles. Y, desde mi punto de vista, esto es lo más democrático que se puede encontrar hoy en día. **LPyH**

• **Agustín del Moral** es editor, escritor y traductor. Actualmente es director de *Artis. Revista Cultural Universitaria*, y editor responsable de la Biblioteca del Universitario, dirigida por Sergio Pitol.

Tiempo circular

Poesía

Jorge Comensal



Paola Velasco,
Rotación del tiempo,
Querétaro, Universidad
Autónoma de Querétaro,
2016, 59 pp.

La poesía es el género literario más admirado de todos, pero no el más leído. Algunos respetan tanto a la poesía que prefieren no tocarla nunca. A esta forma excelsa de la expresión artística le sucede algo semejante a lo que pasa con la Naturaleza en el imaginario urbano: se veneran las selvas, pero se prefiere permanecer en la ciudad, a salvo de los bichos y sin lodo en los zapatos.

Creo que la forma más saludable de tratar con la poesía no es ponerla en un pedestal o detrás de una vitrina, sino tenerla siempre a la mano, en la mesa de noche, la mochila del diario, la reunión con los amigos. Compartir un poema como se hace con las fotografías y los memes en las redes sociales. Reconocer que los poemas son herramientas para comunicarnos mejor unos con otros y con nosotros mismos.

Rotación del tiempo de Paola Velasco es un libro de forros blancos en el que hallamos también una blancura figurada: así como

las superficies blancas reflejan todos los colores de la luz, esta obra refleja todos los colores de la poesía moderna; hay en ella muchos tonos, desde la opulencia del modernismo hasta la poética austera de nuestro joven siglo. El título lo advierte: aquí el tiempo no avanza con tediosa rectitud, sino que rota, vuelve y avanza curvándose hacia la vanguardia. Esta síntesis de épocas tiene un sentido alegórico en el que distintos estilos reflejan la transformación de una voz que nos comparte postales de la infancia, retratos de adolescencia y certidumbres de madurez. Hay una sutil progresión psicológica. Se trata de una biografía lírica. A diferencia de muchos poemarios, *Rotación del tiempo* nos invita a leerlo de manera secuencial, rotando con el libro, página por página.

La primera sección de este viaje se titula “Rosa Silvestre”, nombre con el que era conocida la bella durmiente en el cuento de los Hermanos Grimm. La leyenda de esta princesa narcoléptica se remonta muy atrás en el tiempo. ¿Qué significa? Nos lo sugiere el poema XIV del libro: “Cuentos de infancia: / principio de educación / estética, / erótica”. La voz de esta sección es en ocasiones romántica, en otras vanguardista, una polifonía, un coro de voces que buscan la reconciliación con la memoria. En el poema XI se dice de Rosa Silvestre:

Su sangre regaba los cardos,
nutría el plasma rojo de las flores.

Así lo pensaba mi niñez de
inocencia brutal...

Inocencia brutal, fascinación monstruosa: no hay rastros de ingenuidad en estos poemas, pues retratan la aguda intuición de un futuro inquietante, deseable y aterrador al mismo tiempo. La espera *desespera*: un siglo de sueño ansioso, una inquietud que se hace explícita en el poema

XIII: “Bello erotismo en la infancia durmiente: / *despertaste a la blanda caricia de mis manos*”, que incluye una cita de Ramón López Velarde, con quien Paola Velasco comparte la nostalgia, la devoción lacerante, la fuga de un yo culposo hacia las “gratas horas de la infancia”.

En la segunda parte, titulada “Las tres edades de Saturnino Herrán”, hay un prefacio en prosa que nos recuerda que Velasco es también una ensayista capaz de sintetizar en una decena de líneas reflexiones muy valiosas para interpretar la obra de este pintor, amigo de López Velarde y compañero de muerte prematura. En el primer poema, la autora descifra la vida y estética de Herrán valiéndose de los temas explorados antes:

Pícara ingenuidad.
Sólo la infancia,
traviesa mirada de ojos grandes,
sonríe confiada
—aunque discreta—
para no ofender con su futuro
el morir a cuentagotas de los
hombres
en esta lotería:
la niña.

La siguiente parte, “El viejo futuro de los abuelos”, es pronunciada por una voz de sobria madurez. Es un regreso hasta el bisabuelo jerezano, un repaso histórico que comienza con la Primera Guerra Mundial, seguido por un poema sobre la invención del foco y reflexiones sobre el lado oscuro de esa nueva luz eléctrica, los horrores industriales, la enajenación obrera, la oscuridad, la profecía, el aspecto lúgubre del progreso. En el poema VII de esta sección, Velasco pregunta:

¿En qué cobijo alberga el hombre
su esternón vibrante de tragedias,
su omóplato desnudo o su espina

que se arquea flexible como
interrogación?

Más allá de la inocencia y la desesperanza, en este recorrido lírico a través de las edades, llegamos a “Custodia del ordinario jubileo”, acaso la sección más íntima del libro, la imprescindible para descifrar, como en una buena novela de misterio, las claves diseminadas a lo largo de *Rotación del tiempo*. El prefacio ensayístico de la sección funciona como claraboya pedagógica, en la medida en que nos sugiere rutas de entrada reflexiva a los poemas. Concluye con una definición contundente: “Tradición: la más precisa máquina del tiempo, la única posible resurrección”. He aquí algo muy importante para entender esta obra que, al experimentar en ciertos poemas con anacronismos intencionales, se inscribe dentro de una tradición, vivifica a dos artistas admirados, rememora la infancia y conjura la muerte, la caducidad, tanto estilística como corporal. Esta máquina del tiempo va de los temores de la infancia a una plena madurez, al autoconocimiento lúbrico, a un yo lírico asertivo y anhelante.

La poesía es el género más íntimo, el que exige más de nosotros, y que nos da las mayores recompensas: conocer al otro, reconocernos en él. La poesía es, en tiempos narcisistas, muy poco redituable para esas identidades superficiales que se regodean en las *selfies*, los *likes* y los *retweets*. John Lennon decía que “la vida es eso que pasa mientras tú andas ocupado en otras cosas”. Pasa la infancia, la adolescencia, la juventud, pasamos nosotros... y la poesía es aquello que no pasa, pues el tiempo rota alrededor de ella, enamorado, sin morir. **LPyH**

• **Jorge Comensal** (Ciudad de México, 1987) es narrador y ensayista. En 2016 publicó la novela *Las mutaciones* en Ediciones Antílope.